

Capítulo CXVII.

Recibe Hernan Cortés de manos de su esposa doña Juana reales cédulas nombrándole su majestad virey de Méjico.

Poco más de una semana habria trascurrido despues de los sucesos que acabamos de referir cuando fondeó en el puerto una hermosa carabela.

Cortés no tardó en saber que venia de España y que conducia á su esposa doña Juana.

Al transmitir esta noticia á Ihalí:

—Ya sé cuál es mi deber,—dijo con tristeza;— hoy mismo partiré á mi provincia. Dignaos concederme antes un favor.

—Cualqui era que sea os le otorgo.

—El indulto de mi marido.

—Es mi mayor deseo, y tambien el que se haga digno de mi amistad.

Ihalí se despidió despues de darle las gracias, y

partió, llevando consigo al hijo del desgraciado Xicotencal y de la no ménos infortunada Amaiza.

Un momento despues estrechaba el caudillo en sus brazos á doña Juana, su esposa, completamente restablecida, radiante de hermosura.

—¿A qué debo, mi bella ingrata,—le dijo,—el placer de verte de nuevo á mi lado?

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Acaso quedo vivir separada de ti?

—Sin embargo, la iniciativa de quedarte en España partió de ti.

—Es cierto; pero yo te suplico que me perdones. ¡Harto he sufrido con nuestra separacion!

¡Yo tambien he sufrido mucho, y me era tanto más sensible mi situacion, cuanto que yo no era el causante de ella.

—¡Rencoroso! No mereces siquiera que diga lo que te adoro. Así pagas lo que yo he hecho por tí en el tiempo que he permanecido en la corte.

—¿Qué quereis decir?

—Nada; justo es que pagues lo que me estás atormentando con tus acusaciones.

El candillo estrechó de nuevo á doña Juana, é imprimió un cariñoso ósculo en su frente.

—Vamos, sé buena,—añadió,—y contéstame á mi pregunta.

—¿Y si yo te lo suplico?

—Eso es hablar en razon. ¡Cómo conoceis á las mujeres! La más fuerte cede ante una súplica del idolo de su corazon.

El efecto que producirían estas palabras, y la manera de pronunciarlas, en el ilustre héroe de nuestra historia, pueden figurárselo nuestros lectores.

Frases tan dulces en los labios de una mujer bella y jóven, dirigidas á un hombre tan vehemente como Hernan Cortés, no podían menos de volverle el juicio.

Después de contemplarle con ternura durante algunos instantes, exclamó al fin:

—Mi permanencia en la corte te ha sido provechosa.

—¿Por qué razón?

—Porque al presentarme á despedirme del monarca he oído frases muy lisonjeras, que me han enorgullecido más y más, por haberme enlazado contigo.

»—Os felicito sinceramente,— me dijo el monarca,— por la elección de esposo que habeis hecho. No hay ninguno tan digno á la admiración de todo el mundo como el ilustre Hernan Cortés.

—El emperador Carlos V me confunde con sus bondades.

—¡Hipocritilla! bien sabes tú que mereces esos elogios.

Mi buen tío el duque de Béjar, que no cesa de interesarse un instante por tí, según confesó nuestro soberano, le indicó el acto de justicia que llevaria á cabo nombrándote virey de Méjico.

—¡Ah! mucho agradezco á mi buen amigo don Alvaro ese buen desco, por más que nunca llegará á realizarse.

—¿Y por qué no?

—Porque mis enemigos tratarán de disuadir á nuestro monarca si alguna vez tu vieses idea de ello.

—¿Y si yo te dijera que estás equivocado?

—¡Oh! No trates de alimentar en mi alma esa esperanza.

—No quiero hacerte padecer más: te traigo el título que tanto ambicionabas.

—¿No me engañas?

—Pronto te convencerás de ello.

Doña Juana se dirigió á la habitación adonde habían trasladado su equipaje, abrió un precioso cofrecillo en el que habia guardado el nombramiento que le diera el emperador, y volviendo á reunirse con su marido.

—Toma,—le dijo,—estas reales cédulas, y léelas.

Ebrio de alegría, obedeció Hernan Cortés.

El emperador Carlos V, en efecto, le conferia el título de virey de Méjico.

—Y ahora, ¿me perdonarás,—le preguntó con coquetería doña Juana,—la separación en que hemos vivido?

—¡Cuanto te adoro!—se limitó á contestar el ilustre Hernan Cortés.—Pero no me has acabado de contar la entrevista que tuviste con el monarca.

—Es cierto, y voy á complacerte. Después de oír las lisonjeras frases que respecto á tí me dirigió, y que me llenaron de orgullo, añadió:

»—Mi buen amigo el de Béjar me ha hecho ver la injusticia con que hasta ahora he procedido res-

pecto á vuestro esposo. No creais que he sido ingrato con él; obedecía á los informes que me daba mi Consejo de Indias.

»En él habia algunos envidiosos de la gloria del ilustre Cortés, y por todos los medios posibles procuraban amenguar el brillo de su gigantesca obra.

»Tiempo es de indemnizarle por sus esclarecidos servicios.

»Vais á tener el gusto de entregarle en mi nombre el título de virey de Méjico.»

Y llamando á uno de los oficiales de la chancillería, le ordenó que extendiese la real cédula, que firmó un el acto.

Mucho halagaba á Hernan Cortés la resolucion del monarca.

Ella le ponía en condiciones de superioridad sobre los más ilustres caballeros de la corte, y podría por lo tanto humillar á los que con sus títulos de nobleza se habian creído en otro tiempo de más valía que él.

Disculpable era en verdad esta debilidad del caudillo por las muchas amarguras que habia sufrido antes de realizar la conquista, y por los muchos sinsabores que le habian producido las intrigas de los émulos de su gloria.

—Y hablando de otra cosa,—preguntó á su esposa,—¿qué tal se encuentra mi antiguo compañero, mi poderoso auxiliar en mis campañas, el bueno de Pedro de Alvarado?

—Perfectamente; no puedes figurarte las atencio-

nes que le debo. El ha sido quien, con una exquisita actividad, ha dispuesto todo lo necesario para mi regreso á estos países, cuidando hasta de los menores detalles para que nada me faltase durante la travesía.

—Conozco su lealtad, y no me extraña su conducta.

—Tambien ha sido víctima algun tiempo de la envidia de tus enemigos. Por sujestiones tuyas le separó el monarca de su lado.

—¿Pero se habrá apresurado á reparar esta injusticia?

—Naturalmente.

—¿Y ha consentido Alvarado en volver á palacio?

—No sin muchos ruegos por parte del monarca. Este se ha convencido de la entereza de su carácter; pero á decir verdad, no le habrá pesado secundar los deseos del emperador Carlos V, porque cada dia es objeto de las mayores deferencias.

El resto del dia le pasaron los esposos refiriéndose cuanto les habia ocurrido durante su ausencia, y Hernan Cortés no ocultó á su esposa el riesgo que él y todos los españoles habian corrido con la gran conjuración á cuyo frente se habia puesto el desgraciado Xicotencal.

Hizo caso omiso, sin embargo, del conato de asesinato de Amaiza, y de que habia sido vengado por la bella Ihalí.

Para solemnizar el regreso de su esposa, hubo

grandes fiestas, y durante tres días la ciudad de Méjico ofreció un aspecto deslumbrador, que borró de la memoria de todos los trágicos sucesos de que recientemente había sido teatro.

Hernan Cortés se mandó pregonar como virey de aquellos países, y esta noticia le hizo recobrar el prestigio de otros días.

Dictó algunas disposiciones importantes para prevenir nuevas catástrofes, y decidió trasladar su residencia á Nueva-Granada.

Así lo hizo en efecto, acompañado de su esposa, y llevando entre sus servidores á un jóven llamado Luciano, que desempeñaba á su lado las funciones de secretario particular.

Capítulo CXVIII.

El autor á los lectores.

Recibimos numerosas cartas de nuestros favorecedores, en las que con las más lisonjeras frases para nosotros, nos indican la satisfacción con que verían en esta obra una reseña del reinado del emperador Carlos V, en cuya época pasa la acción de esta novela.

Si este deseo le hubiesen formulado antes, nos hubiéramos apresurado á complacerles.

Hoy nos es más difícil, porque debiendo terminar la obra en el presente tomo, á no hacerle demasiado voluminoso,—lo que tal vez se interpretaría por algunos como deseo del lucro, en vez del único que nos guía en nuestra empresa, que no es otro que el de propagar los hechos más gloriosos de nuestra nación